

7.

Globalización: presente y futuro inmediato

*Gonçal Mayos
Universitat de Barcelona*

La globalización es un fenómeno muy antiguo, pero su actual velocidad y fuerte impacto representan una novedad histórica radical. Sus consecuencias son tanto positivas como negativas, pero tanto unas como otras están cambiando completamente el mundo que conocemos. Precisamente porque la globalización cambia “nuestro” mundo (tanto del amable lector como de este pensador). Su efecto era impensable hace unas décadas y apunta a una dirección que todavía no podemos prever con cierta precisión. Por eso tiñe nuestro discurso de cierto tono pesimista, que no obstante matizaremos al final.

Para analizar la actual globalización primero atenderemos a aspectos más básicos y materiales (algunos los llamarían “infraestructurales” y otros “civilizatorios”) para luego incidir en otros más culturales y supraestructurales. En concreto y vinculadas a la actual crisis económica, destacaremos y analizaremos sintéticamente cinco peligrosas características que marcan la actual globalización. Pues, a pesar de su rápida superación por economías como la china e, incluso, los “brotos verdes” en algunas economías occidentales como Alemania, en pleno 2011 persiste una crisis de alto impacto y larga duración que claramente va mucho más allá de sus orígenes y que ha obligado a la Comunidad Europea a intervenir económicamente Estados como Grecia e Irlanda, y hoy mismo sitúa al borde de la intervención a Portugal.

Las caracterizaciones propuestas pueden ser vistas como hipótesis que este analista contempla y sobre las cuales en absoluto lamentaría tener que rectifi-

car. Digamos que son fruto tanto de sus desapasionados análisis como de priorizar esforzadamente el “principio de realidad” (que diría Freud).

1. El capitalismo global está en crisis, ¡viva el capitalismo!

Primera consideración que se nos impone: a pesar de la exigencia de muchos pensadores altermundistas y anticapitalistas, la actual crisis es tratada por las potencias y los centros de poder como una crisis interna del capitalismo. Por ello se considera que este debe resolverla dentro de su propia lógica y sin prever –verdaderamente– un cambio de sistema. Por ello y después de los primeros y muy duros momentos a finales del 2008 y el 2009, se impone la sensación de que domina globalmente un capitalismo más indiscutible e indiscutido que nunca.

Ya muy pronto el entonces presidente Bush y la mayoría del G 20 dejaron claro que no se trataba de refundar el capitalismo ni nada parecido. Tanto Obama y su administración, los gobiernos europeos y –sorprendentemente– el gobierno chino o los países del tercer mundo, parecen asumir esa misma actitud. Y es destacable que el consenso que definen es tan fuerte que, en el fondo, cualquier otra posibilidad ha sido borrada de las agendas y las políticas internacionales.

Ciertamente se mantiene la memoria e indignación en gran parte de la opinión pública sobre el enorme coste para el conjunto de la “socialización” que se ha llevado a cabo de las pérdidas provocadas por las especulaciones económicas y otras barbaridades que precisamente provocaron la actual crisis. Una vez más, la crisis provocada por unos pocos (que además se beneficiaron largamente durante su gestación) se paga entre todos. También en ese sentido el capitalismo actual es global y globaliza o socializa sus pérdidas, dinámicas, costes y prácticas.

Por ello, en el fondo y paradójicamente, ha resultado muy fortalecido porque se ha constatado que ni la actual y profunda crisis lo puede amenazar. Más bien al contrario: parece convertirlo en más necesario, pues todo el mundo pone en la dinámica capitalista las únicas esperanzas de pronta recuperación económica y productiva. Precisamente porque el actual mundo globalizado parece depender e identificarse totalmente (al menos por lo que respecta a los sectores hegemónicos) con el capitalismo global, se presenta como inevitable la mencionada terrible socialización de las inmensas pérdidas de aquellos que nunca quisieron socializar sus enormes ganancias.

Para bien o para mal, más de un siglo y medio después, es otro “fantasma” (que el previsto por Marx) el que continúa cerniéndose sobre el mundo entero. Y el mensaje subyacente resulta claro: para las actuales generaciones no cabe alternativa al capitalismo global. Frente al “otro mundo es posible”, se vuelve a

insistir implícita o explícitamente en que, si se dejase morir el actual capitalismo financiero, económico, tecnológico..., ahora mismo casi todo se moriría con él. Por tanto, a rey muerto, rey puesto.

2. Falta de control

Parece pues que, para bien o para mal, de momento el capitalismo global es la condición de posibilidad del mundo globalizado. Pero además y es la segunda consideración que se nos impone: tanto la actual globalización como el capitalismo global parece carecer de cualquier guía humana y nadie los puede controlar; están fuera de control.

La crisis económica actual también ha puesto de manifiesto con total claridad que ni el Fondo Monetario internacional, ni el Banco Mundial, ni los Estados Unidos, ni la temerosa y lenta Comunidad Europea, ni por supuesto la Organización de las Naciones Unidas, etc. etc. controlan, llevan el timón, o intuyen hacia dónde va a medio plazo el actual capitalismo globalizado.

Ciertamente circulan teorías conspirativas que denuncian el subrepticio control mundial de la poderosa China, su partido dirigente todavía denominado “comunista”, los jeques del petróleo o similares. Un argumento debería bastar para descalificar la mayor parte de dichas ideas, pues los sectores mencionados son grandes depositarios de billones y billones de dólares en deuda extranjera norteamericana. Y es conocido que, hace algunos meses, Estados Unidos estuvo muy al borde de no poder pagarla. Ciertamente, si se controlaba la crisis y la globalización, mantener en cartera esa deuda fue un muy grave error, a pesar de que las consecuencias por el momento no han sido las peores.

Más allá de ingenuas teorías conspirativas, la realidad que se impone –muy molesta y desagradable, por otra parte– es que nadie está en condiciones de pilotar la actual globalización. Si hay algo así como una torre de control o un el puente de mando del actual capitalismo globalizado, deben estar vacíos o ser ineficaces.

Es cierto, sin ninguna duda, que –como dicen los ecologistas– toda la humanidad está en un mismo “barco estelar” –la Tierra–, del que dependemos totalmente, al que afectamos y por el que estamos afectados. Pero, lamentablemente, parece que ahora mismo hemos perdido (si lo tuvimos alguna vez) toda agencia o todo control sobre su funcionamiento global. Pues no hay nadie (humano, al menos) que demuestre poder hacerse cargo de él ni dirigirlo.

Al contrario de lo que pensaba la modernidad que creía poder controlar el propio destino, la imposición en todas partes del capitalismo global y postmoderno resulta un destino básicamente ciego, un proceso sin sujeto ni meta (como Louis Althusser describía la historia). Como dice Bauman: la globalización

«se refiere, ante todo, a los *efectos* globales, claramente indeseados e imprevistos, más que a *iniciativas* y *emprendimientos*. No tenemos ni sabemos a ciencia cierta cómo obtener los medios para planificar e instrumentar acciones globalmente. La “globalización” no se refiere a lo que nosotros [...] queremos o esperamos *hacer*, sino a lo que *nos sucede a todos*. La idea se refiere explícitamente a las “fuerzas anónimas” de Von Wright que operan en una vasta tierra de nadie –brumosa y cenagosa, intransitable e indomable– fuera del alcance de la capacidad de planificación y acción de cualquiera».¹

Es por ello, y a pesar de tener también aspectos positivos, que la globalización nos angustia tanto. Sobre todo nos incomoda que se presente como un destino impuesto y totalmente incontrolable, que escapa totalmente a la voluntad o capacidad de previsión y prospectiva. «“Esta percepción novedosa y molesta de que “las cosas se van de las manos” es la que se expresa (con escasos beneficios para la claridad intelectual) en el concepto, ahora en boga, de globalización. En su significado más profundo, la idea expresa el carácter indeterminado, ingobernable y autopropulsado de los asuntos mundiales; la ausencia de un centro, una oficina de control, un directorio, una gerencia general. La globalización es el “nuevo desorden mundial”».²

3. Debilidad de fronteras y “santuarios” estatales

Un tercer aspecto acentúa la terribilidad de la actual globalización, especialmente para la población de los países avanzados. Por el momento y aunque experimenta su derribo, tal población está acostumbrada al llamado Estado “providencia” o “del bienestar”. Por eso la desorienta y angustia especialmente que incluso los grandes leviatanes modernos que son los Estados, los llamados

¹ Bauman, Z., *La globalización. Consecuencias humanas*. México, FCE, 2003, p. 81.

² Bauman (*Ibid.*, p. 80). Muy gráficamente en su libro *Modernidad líquida*. FCE. México. 2002. p. 65., menciona la siguiente ejemplificación de la situación actual: «Los pasajeros del barco del “capitalismo pesado” [de tiempo atrás] confiaban (no siempre sensatamente, por cierto) en que los selectos miembros de la tripulación autorizados a subir a la cubierta del capitán llevarían la nave a destino. Los pasajeros podían dedicar toda su atención a la tarea de aprender y seguir las reglas establecidas para ellos y escritas en letra grande en todos los corredores del barco. Si protestaban (o incluso, se amotinaban), era contra el capitán, que no llevaba la nave a puerto con suficiente rapidez o que no atendía debidamente a la comodidad de los pasajeros. En cambio, los pasajeros del avión del “capitalismo liviano” [que hoy domina globalmente] descubren con horror que la cabina del piloto está vacía y que no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada “piloto automático” ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará, de la persona que elegirá el aeropuerto y de si existen reglas que los pasajeros puedan cumplir para contribuir a la seguridad del aterrizaje».

Estados-nación, no puedan controlar ni evitar el impacto de la globalización en su propio territorio ni en su población. Y de nada sirve imaginarse ¡en qué situación de indigencia o carencia absoluta de agencia se encuentran los pueblos o culturas minorizados y las naciones sin Estado!

Aunque hoy sabemos que no era del todo cierto, durante el siglo XIX y gran parte del XX, los Estados pudieron creer y hacer creer que eran todopoderosos y casi autárquicos dentro de sus fronteras. El régimen franquista llegó en esa dirección a extremos patéticos quizás solo comparables al “famoso salto adelante” preconizado por Mao o a los intentos de los Khemers rojos para volver a una sociedad preindustrial y una economía totalmente autárquica. Pero la actual globalización y, quizás aún más la actual crisis económica, pone de manifiesto que difícilmente los Estados pueden impedir su impacto, o incluso minimizarlo. Así lo atestiguan fidedignamente las traumáticas intervenciones económicas por parte de la Comunidad Europea bajo liderazgo alemán de Estados como Grecia e Irlanda (a los que a finales de marzo del 2011 puede añadirse Portugal).

Incluso los grandes leviatanes estatales, saludados por Hobbes como el dios terrenal, muestran hoy su debilidad ante la economía globalizada (lo militar, etc. es harina de otro costal). Por eso, angustia pensar que, no solo la humanidad en conjunto no tiene a nadie en el puente de mando global, sino que tampoco están mucho mejor los Estados particulares. Caen, pues, muchos de los mitos del populismo y del autoritarismo: no hay ningún “Führer” que sepa lo que hay que hacer y hacia dónde ir; ningún partido o “secretario general” que puedan marcar férreamente la pauta; ni, incluso, ninguna lucecita “del Partido” que vele día y noche por España.

Tales ideas, en otro tiempo tan peligrosas, hoy se han mostrado ingenuas, ineficaces y ridículas. La generalizada percepción actual es que, más bien, ninguna organización estatal o supraestatal es –por el momento– tan sabia ni poderosa como para guiar realmente el capitalismo global (¡incluso dentro del territorio estatal!). Eso sí, hay que reconocer que el desamparo es mucho mayor si, ni siquiera se dispone de organizaciones propias o las que hay son ineficaces o corruptas; entonces la intemperie puede ser absoluta.

La caída del Muro de Berlín en 1989 es la mejor ejemplificación de que, a largo plazo, ninguna frontera “nacional” es lo suficientemente segura ni lo suficientemente alta como para que no pueda ser escalada. La globalización tecnológica, económica, cultural... a lomos de los potentes medios de comunicación, Internet, etc., planea por encima de todos los muros y vuelve porosas todas las fronteras. También lo demuestra la migración forzada o incentivada por la competencia del capitalismo global, sus deslocalizaciones y circulaciones de capital en busca de los mejores beneficios.

Especialmente, se constata hoy la debilitación del tradicional control estatal de la cultura y de su transmisión, que tan clave resulta para las políticas estatales de “nacionalización” y creación de Estados-nación unitarios. Buena señal de ello son la serie de revoluciones en el mundo islámico que, a inicios del 2011, están sorprendiendo al mundo y a sus respectivos regímenes, y en gran medida han sido movilizadas a través de internet, el móvil, las redes sociales... Primero cayó el régimen tunecino, luego el egipcio de Mubarak, la Libia de Gadafi está inmersa en una auténtica guerra civil que ha provocado una compleja intervención internacional para proteger la población insurrecta, la rebelión parece controlada en Qatar, pero se recrudece en Siria y el Yemen... Ciertamente el control de las comunicaciones e, incluso, de los imaginarios culturales es hoy imposible por parte de las policías y los Estados.

Ahora bien parece un tanto exagerado decir, como citan James Davidson y Joshua Yates, que «los gobiernos han perdido el control último de los mensajes que pueden enviar a sus comunidades específicas».³ También resultan demasiado ingenuos los que, como Bauman, creen que «Globalización quiere decir que el Estado ya no tiene la fuerza o las ganas por mantener como una roca inexpugnable su matrimonio con la nación». Pues, si bien es indudable que el Estado va perdiendo peso y control lentamente, cada día vemos que –a pesar de ello– continúa teniendo muchas ganas y mecanismos para nacionalizar unitariamente su población y devenir finalmente un Estado-nación puro.

En contra de las no tan lejanas previsiones de Francis Fukuyama y de los *neocons*, los últimos años han puesto de manifiesto que, incluso los Estados Unidos –que desde hace décadas ve peligrar su predominio económico, aunque no de momento el militar–⁴ no puede controlar ni mantenerse protegido de los procesos desatados y sin sujeto, que son la globalización y la actual crisis. Tenía mucha más razón de lo que pensaba el ministro ruso de exteriores Serguei Lavrov, cuando hace unos meses dijo que «Occidente está perdiendo el monopolio del proceso de globalización».

Ahora mismo resulta claro para casi todo el mundo que los Estados Unidos han conseguido globalizar su presencia militar, su deuda “nacional”, gran parte de su cultura (como la máquina de sueños que es Hollywood) e incluso en cierto sentido han globalizado su crisis (entre otras razones porque todo el mundo quería ser un buen discípulo de su ideal de capitalismo “fácil”). Pero parece que, finalmente y amenazados por la misma globalización que pretendían

³ James Davidson Hunter & Joshua Yates “A la vanguardia de la globalización. El mundo de los globalizadores estadounidenses” en Peter L. Berger & Samuel P. Huntington. *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós, 2002, p. 388.

⁴ Así lo pone de manifiesto detalladamente Michael Mann en *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*. Barcelona, Paidós, 2004.

dirigir, los Estados Unidos habrán de ponerse a trabajar bajo las mismas normas internacionales que saldrán de la crisis global que cierra la primera década del siglo XXI.

Como consecuencia de las apreciaciones anteriores, resulta evidente que ya nadie (ni los Estados Unidos) puede pensar hoy que tiene un resorte último del que los otros carecen. Nadie está a largo plazo al margen de la dinámica del capitalismo global actual que, como hemos visto, es en parte todavía muy enigmática.

4. Creciente colonización y unificación de las culturas

Todos lamentamos la distancia entre los afortunados y los desafortunados, entre los ricos y los pobres, entre los que se han adaptado eficazmente y los que tienen dificultades para ello. Todos sabemos el enorme crecimiento de esa distancia que se ha producido con la modernidad y la globalización colonial liderada por Occidente.

A ese aumento en las diferencias de riqueza y nivel de vida se contraponen, sorprendentemente, una enorme simplificación y limitación cultural de la humanidad. Esos dos procesos parecen en gran medida llevar direcciones contrarias, rompiendo lo que parecía ser una ley histórica, pues en famosos términos de Gellner: «El desarrollo social parece ajustarse a grandes rasgos a una ley de cariz general: cuanto más “compleja” y desarrollada es una sociedad, más desigual es [...] Así han sido las cosas hasta el advenimiento de la modernidad que, por razones que miraremos de investigar más adelante, invierte la tendencia»⁵.

De manera sorprendente, mientras aumentan las diferencias de riqueza y calidad de vida entre los individuos y los pueblos, paralelamente se está produciendo una radical simplificación, unificación y reducción de la diversidad cultural. Aumenta la brecha económica y en la calidad de vida, pero se reduce la riqueza cultural global. En otros términos: los ricos son cada día más ricos y los pobres, más pobres; pero, tanto los ricos como los pobres, parecen condenados a compartir básicamente una misma y monolítica cultura o una especie de pensamiento único, que es el que precisamente –he aquí su gran “utilidad” para el poder– legitima y fomenta aquella disparidad entre ricos y pobres. Como ya anticipaba Norbert Elias, parece que vamos hacia una radical simplificación cultural y, quizás, hacia un monolítico orden político social mundial, pero sin que ello comporte ninguna garantía de mejora de vida para la gente, al contrario.

⁵ Gellner, E., *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*. Barcelona, Península, 1994, p. 29.

Como sintetizan los McNeill: «El inicio de la moderna mundialización fue un proceso doloroso, a veces brutal. Desaparecieron pueblos, lenguas y religiones al tiempo que un puñado de sociedades imperiales lograban propagar su poder y su cultura a nuevas tierras. Cuando decenas de millones de personas (junto con sus recursos y ecosistemas) se sumaron a lo que se estaba convirtiendo en una red mundial, el proceso de especialización del trabajo y el intercambio pasó a ser verdaderamente internacional y dio como resultado mayor riqueza, pero también mayor desigualdad [de riqueza] que nunca».⁶

5. Ser compatible con la globalización y el capitalismo

Las cuatro características de la actual globalización que estamos comentando nos conducen a una quinta: toda cultura o forma de vida que no sea compatible con la globalización y el capitalismo parece condenada a desaparecer a corto, medio o medio-largo plazo.

El dominio en todas partes de un mismo capitalismo globalizado (hemos comentado que curiosamente se prevé menos un sistema alternativo desde que se declaró la actual crisis) acentúa la constatación de que no hay manera humana de conducirlo ni, tan solo, de poner barreras efectivas a largo plazo. Si, además, le añadimos la tendencia a incrementar las desigualdades económicas y, paradójicamente, el monoliticismo cultural, la conclusión que se impone es que: la globalización capitalista (o el capitalismo global) es hoy por hoy la única, auténtica, efectiva “cultura” hegemónica y con futuro “asegurado”. Casi podríamos decir: la única forma de vida que parece posible a medio plazo.

En otros términos y por mucho que nos duela a muchos, el capitalismo global no es simplemente una economía, ni siquiera un modo de producción o un tipo de organización social y política. Es también y quizás sobre todo la forma de vivir que corresponde a la sociedad de inicios del siglo XXI y (si nada cambia mucho) en las décadas por venir. Por tanto, es también una “cultura” y una “civilización”⁷, quizás las únicas que realmente tienen futuro o, al menos, tienen garantizada la hegemonía a medio plazo.⁸

⁶ McNeill, J.R. & McNeill, W., *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona, Crítica, 2004, p. 173.

⁷ Nos remitimos al uso que dan a estos términos Samuel P. Huntington. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 2005., y Norbert Elias *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, FCE, 1987.

⁸ Tanto los analistas que hace unos años lanzaron la lucha contra el “pensamiento único” (como Ignacio Ramonet y algunos otros vinculados al periódico *Le Monde diplomatique*) como los teóricos del marxismo denuncian la peligrosa identidad futura y a nivel mundial

Aquí vemos ejemplificada la profunda paradoja que Anthony Giddens expresó al decir que nuestro mundo cosmopolita y globalizado es «un mundo donde hay muchos otros, pero donde también no hay [propriadamente] otros». La globalización capitalista actual no deja ningún espacio “otro”, ningún intersticio para los verdaderamente y totalmente “otros”, porque se ha extendido tanto y ha colonizado tan profundamente todas las sociedades y culturas que no deja nada intocado, nada afuera, nada verdaderamente “otro”.⁹

En esa línea, James Davidson y Joshua Yates concluyen que la vanguardia de la globalización coincide «en que el mundo será cada vez más electrónico, individualista, guiado por el libre mercado y democrático gracias a la globalización. También coinciden en que, al menos de momento, el mundo tenderá más a parecerse a (que a diferenciarse de) Estados Unidos (u Occidente). Además, si las naciones, las culturas locales, las organizaciones, las corporaciones, etc., no “se suben a bordo” de la globalización, perderán probablemente los beneficios y las oportunidades que esta conlleva».¹⁰

Cada vez resultan más problemáticas ideas –por otra parte interesantes– como “excepción cultural”, diversidad cultural, multiculturalismo, interculturalismo o, incluso, las emergentes políticas de la diferencia y ese invento francés del “Estado cultural”. Pues todas las culturas o civilizaciones tienden a convertirse en meros matices y notas a pie de página de la única cultura –civilización hegemónica¹¹ que es el capitalismo globalizado y los valores, ideas, actitudes vitales, mentalidades... que promociona–.

Por eso algunos pensadores apuntan a que las famosas excepción, diversidad o riqueza culturales, en realidad se están banalizando y desvitalizando a medida que las culturas tienden a convertirse en superficiales “parques temáticos”. Es decir, se convierten en distintas “tematizaciones” que dan algo de color local (sobre todo destinado a turistas) a la básica, dominante, efectiva y misma “cultura”, “civilización” o forma “de vida” hegemónica por todas partes que es el capitalismo globalizado.

de superestructura e infraestructura. Como sólo existiría en el mundo una única infraestructura (el capitalismo globalizado) sólo cabría una única, auténtica y profunda forma de vivir, una única cultura, un único tipo de civilización: un pensamiento único.

⁹ Así lo denuncia la antropóloga Almudena Hernando en su artículo “Arqueología y Globalización. El problema de la definición del “otro” en la Postmodernidad” en *Complutum*, Vol. 17, 2006, pp. 221-234.

¹⁰ James Davidson y Joshua Yates, en el documentado trabajo “A la vanguardia de la globalización. El mundo de los globalizadores estadounidenses” publicado en Peter L. Berger & Samuel P. Huntington. *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós, 2002, p. 398.

¹¹ Esta hipótesis no se opone totalmente al famoso “choque de civilizaciones” de Huntington (si se lee atentamente su desarrollo entero) sino que incluso le tranquilizaría y alegraría.

En todas partes: una misma competitividad; unas mismas o muy similares empresas; unos sueldos y condiciones de trabajo y de vida que tienden alarmantemente a una unificación por abajo (y no por arriba como querríamos los viejos sindicalistas); unas familias nucleares o monoparentales en las que, quien no trabaja ni produce directamente, estudia o se está formando para poder trabajar algún día si tiene suerte; un mismo idioma hegemónico que es un inglés mínimo e insulso; una misma cultura elemental que hoy se basa en los barruntos de las TIC como antes en las 4 reglas y los “buenos modos” establecidos; unas emigraciones forzadas que cada vez más son de ida y retorno...

Y, sobre todo, por todas partes unas mismas amenazas, riesgos¹² o miedos globales: al paro; a la inseguridad; a un terrorismo global; a un cambio climático global; a una contaminación que llega a los últimos rincones del planeta; a una crisis que no perdona a nadie y que nadie controla. Por todas partes unas angustias que el individuo crecientemente aislado e indefenso ante el gran mecanismo global ha de soportar... pero pudiendo recurrir o confiar en cada vez menos: convicciones, “seguridades”, solidaridades, vínculos fiables... en definitiva menos “capital social y personal” que actúe de “paracaídas” o “airbag” cuando las cosas van mal.

6. La nueva elite y cultura globalizadas, como ejemplo

Como ejemplo y modelo anticipatorio del proceso apuntado de unificación cultural en la actual globalización o bajo el capitalismo global, está apareciendo una elite realmente internacional que claramente vive y tiene una cosmovisión cada vez más alejada de cualquier realidad cultural concreta y tradicional. En su análisis de esta elite, James Davidson y Joshua Yates concluyen que «Son cosmopolitas, sí, pero de un modo característicamente limitado y estrecho».¹³ Son cosmopolitas estrechos porque están encerrados sobre sí mismos, descontextualizados y apartados de cualquier vida real o popular; seguramente de una manera muy similar a como lo estaban los patricios durante las etapas finales del Imperio romano, los cortesanos de Versalles o los funcionarios imperiales chinos a finales de la dinastía Qing.

Como en aquellas elites anteriores, su cosmopolitismo se superpone a la vez a un desclasamiento que las aleja de los estratos sociales que tradicionalmente

¹² Es muy significativo el impacto y debate que ha generado Ulrich Beck con su análisis publicado en 1986 sobre la sociedad contemporánea y que ha generado una nueva disciplina sociológica propia de nuestro tiempo: “la sociología del riesgo”. Véase Ulrich, B., *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós, 1994.

¹³ Davidson y Yates, *op. cit.*, p. 400.

les eran cercanos y los constituye en una nueva clase cada vez más independiente. A la vez viven un profundo desarraigo de cualquier contexto social y cultural habitual, pero también definen el nuevo contexto social y cultural que se insinúa como hegemónico en el futuro. Un contexto social y cultural totalmente globalizado y mimetizado con el capitalismo avanzado que vive en un mundo prefabricado y abstracto, y que literalmente levita por todas partes sin tocar nada ni ser tocado por nada.

Davidson y Yates (2002: 374ss) destacan la muy similar forma de vida y cosmovisión de los ejecutivos globalizadores que en todas partes «viven dentro de algo parecido a una burbuja sociocultural que, por lo general, está aislada de las diferencias, más abruptas, que existen entre las culturas nacionales». ¹⁴ Precisamente por ello, esas elites globalizadoras no perciben demasiado las consecuencias desagradables de la crisis nacida en el 2008, de la globalización ni del capitalismo postindustrial. Davidson y Yates (2002: 399) nos dicen que, según sus investigaciones sobre dichas elites, estas «no aprecian contradicción alguna y experimentan muy poca tensión. El entorno en el que habitan no hace más que reforzar esa ausencia de sensación de incongruencia. A efectos prácticos, la burbuja sociocultural que constituye el marco de su experiencia de trabajo elimina esas tensiones».

No nos tiene que extrañar, pues, que las elites globalizadoras tiendan a aplicar a una enorme cantidad de aspectos, que tradicionalmente parecían esenciales para la vida normal, el mismo principio simplificador (o navaja d'Ockham) que aplican –por ejemplo– a toda otra lengua que no sea el inglés. Davison y Yates (2002: 379s) concluyen que consideran a toda lengua que no sea el inglés –sin excepción– un lujo por el que no vale la pena gastar ningún esfuerzo. Como dice entre irónica y trágica Helena Béjar: «Los individuos modernos [globalizados] están aprendiendo a la fuerza que la dependencia (de una ciudad, de un trabajo, de los afectos) es una esclavitud de la que tienen que escapar». ¹⁵

Esa vanguardia globalizada, que ponemos como ejemplo de la globalización cultural que se impone, está formada tanto por los ejecutivos de las empresas multinacionales, como los altos funcionarios de las organizaciones internacionales (ONU, UNESCO, FMI, OMS, BM...), los altos cargos d'ONGs (las hoy llamadas ONGIs), los líderes de multinacionales religiosas como los evangelistas y, crecientemente, por una parte de la *intelligentsia* intelectual internacional (periodistas, analistas, expertos, opinadores mediáticos, miembros de poderosos *think thanks*, reconocidos escritores, profesores universitarios con impacto global, etc.).

¹⁴ Davidson y Yates, *op. cit.*, p. 379.

¹⁵ Béjar, H., *Identidades inciertas: Zygmunt Barman*. Barcelona, Herder, 2007, p. 131.

Es decir incluye a la vez lo que Peter Berger denomina las elites y la cultura de Davos, junto con las elites y la cultura de los “Academy clubs”. Ambas elites son mucho más similares de lo que parece, aún cuando parecen defender valores y cosmovisiones claramente adversarias; pues «bajo esa pátina de confrontación ideológica explícita, existen similitudes arraigadas en sus prácticas sociales y en las perspectivas, actitudes y valores que emanan de esas prácticas».

Su “mundo”, forma de vivir y “cultura” se unifica rápidamente. Así, Davidson y Yates (2002: 375ss) destacan que esa elite se caracteriza por estar viajando continuamente, entre el 25 y el 60% del tiempo, «pero rara vez van a regiones del mundo apartadas o primitivas: sus destinos suelen ser casi siempre las grandes áreas metropolitanas, las capitales extranjeras y los centros regionales de la cultura y el comercio [...] Cuando no están físicamente en el extranjero, interactúan de modo casi constante con sus colegas, socios y subordinados que pueden encontrarse en cualquier parte del mundo [...] Estos ejecutivos viajan tanto y a tantos sitios que no es de extrañar que los destinos empiecen ya a parecerse unos a otros. [...] tienen] la sensación de que pueden estar literalmente en cualquier lugar del mundo y en ninguno en particular. [...] Buena parte de la culpa de esta experiencia surrealista la tiene el propio entorno físico: rara vez cambia. [...] Los mundos en los que se mueven estos hombres y mujeres cuando circundan el globo guardan un asombroso parecido con sus lugares de origen, y tienen los mismos servicios y comodidades [...] Por ello] el vicepresidente de investigación y planificación de la MTV comentaba: “Quienquiera que esté tomando las decisiones acerca del tipo de comodidades disponibles para quienes viajan por negocios tiene en mente a los ejecutivos de empresa estadounidenses”».

Aún más: «El entorno físico que habitan es, en su mayor parte, uniforme, antiséptico, homogéneo y artificial. A pesar de ser tan “de mundo”, nunca se van realmente de “casa”. No es que se destruyan la “localidad” y el “lugar”,¹⁶ sino que se transforman en realidades abstractas, fluidas y provisionales».¹⁷ Son los famosos “no-lugares” que suelen ser el “hábitat” de la nueva elite global y globalizadora, y que ha teorizado Marc Augé¹⁸: palacios de congresos, centros de reuniones, edificios y salas de instituciones internacionales y de los gobiernos, aeropuertos, hoteles, restaurantes de cocina internacional, grandes centros comerciales, muchos grandes teatros, cines o salas de espectáculos...; pero también y crecientemente simples supermercados o establecimientos turísticos.¹⁹

¹⁶ Aunque sí son ciertas todas las transformaciones apuntadas por el antropólogo y sociólogo francés Marc Augé.

¹⁷ Davidson y Yates, *op. cit.*, p. 400.

¹⁸ Véase, por ejemplo, Augé, M., *Non-Lieux, introduction à une anthropologie de la surmodernité*. París, Seuil, 1992.

¹⁹ Son los ambientes y atmósferas que tan bien ha plasmado la famosa película de Sofía Coppola *Lost in Translation* del 2003: “no-lugares” que podrían estar en cualquier parte del

Son los lugares, los “no-lugares” y los tipos de construcciones que el arquitecto catalán Marc Cuixart denomina “arquitectura de casino”, vinculada al “espectáculo” arquitectónico. Ya sean espacios funcionalistas o postmodernos, coinciden en estar cerrados sobre sí, alejados o incluso refractarios al entorno, fomentar el consumo e inhibir cualquier otra actividad, buscar la espectacularidad y/o provocación a cualquier precio... aunque –eso sí– suelen camuflarse bajo excusas culturales, lamentablemente siempre banales o banalizadas...

Esa misma falta de alteridad o de concreción vital que hemos apuntado brevemente en los entornos arquitectónicos donde pasan la mayor parte de su vida las nuevas elites globalizadoras, la podemos ver en sus relaciones personales: básicamente se relacionan entre sí. Lo más preocupante es que, según los estudios, no solo lo hacen solo los elitistas ejecutivos de presuntas “explotadoras” multinacionales, sino también a menudo los dirigentes de ONGIs. Pues, según Davidson y Yates (2002: 378): «la mayoría de los entrevistados se mantenían en un nivel apartado del contacto, cara a cara, con las culturas locales y los pueblos para los que trabajaban. “Tratamos sobre todo con líderes políticos y con funcionarios del gobierno, y con aquellos que está claro que van a convertirse en elite”, admite un director de programa del Centro Carter».

No se trata simplemente que las elites globalizadas vivan y se muevan en entornos muy similares y que, con independencia del lugar donde estén, básicamente interactúan entre sí y no con los habitantes del país, y que usen el mismo idioma: el inglés internacional. Además y muy significativamente, «todas las elites globales emplean el lenguaje y las técnicas de las ciencias sociales para formular sus proyectos y resolver cualquier problema administrativo o programático».²⁰ Es decir, tienen una alta cultura compartida (que los convierte en expertos con gran reconocimiento y valor internacional) y –lo que aún es más espectacular– unos mismos valores compartidos. Según Davidson y Yates (2002: 382): «Si la autoridad epistemológica de estas elites está fundamentada en el lenguaje de las ciencias sociales, la autoridad moral hunde sus raíces en el *lenguaje de los derechos y las necesidades individuales universales*».

Ahora bien, ese «lenguaje de los derechos y las necesidades individuales universales» suele concretarse muchas veces en «una antropología común que entiende al individuo como una persona autónoma, racional, hábil y codiciosa. Para reforzar dicha antropología está también el *lenguaje del mercado*. El lenguaje del mercado es, por supuesto, omnipresente. Todas estas organizaciones globalizadoras, y no solo las compañías multinacionales, operan en un mundo

mundo, como en ese caso están en la cosmopolita Tokio, y que –a pesar de la sofisticada y estandarizada comodidad que ofrecen– no evitan la angustiosa sensación de incomunicación, incongruencia, sin sentido y soledad que transmite la película.

²⁰ Davidson y Yates, *op. cit.*, p. 381.

definido por los “mercados en expansión”, la necesidad de contar con una “ventaja competitiva”, la “eficiencia”, la “efectividad de costes”, la “maximización de beneficios y minimización de costes”, los “nichos de mercado”, la “rentabilidad” y el “balance final”. Así, en el ámbito de la cultura popular, la MTV es más que una simple cadena artística que está en la onda: es un negocio».²¹

En una sorprendente deriva que escandalizaría a Blaise Pascal (que ve transformada su existencial “apuesta” en una mera oferta de inversión) y muchos pensadores religiosos, un líder evangélico declaraba: «Nosotros queremos hacer negocios con el mundo, y para ello nos lanzamos al mercado. Así es como funciona [...]». En sus propias palabras [y refiriéndose a sus “centros de formación para una nueva vida”]: «Nunca había oído hablar de una inversión con una mayor rentabilidad espiritual». Y es que como glosan dicha afirmación Davidson y Yates (2002: 383): «Aunque a veces se muestran hostiles hacia los efectos del capitalismo multinacional, las ONGI también hablan, refiriéndose a sí mismas, de “vender ideas” o de “vender servicios”. La meta, tal y como la expresan en ocasiones, es ser proveedores competitivos de asistencia de primera calidad».

A pesar de su gran “productividad”, sus conexiones con la “sociedad del conocimiento” y su uso de las nuevas tecnologías, sin duda es esta una cultura degradada y separada de las problemáticas reales de la población. Además, tiende a minimizar la “agencia” autónoma y la intervención mínimamente directa de la mayor parte de los ciudadanos, el “empoderamiento” político y cultural de los cuales no solo tiende a reducir sino incluso a impedir.²²

7. Indigenización o multiculturalismo banalizados

Como ya hemos apuntado, creemos que a la creciente imposición entre los políticos y las elites de cualquier parte del mundo de este tipo de cosmovisión y lenguaje es a lo que se referían con el término “pensamiento único” hace unos años Ignacio Ramonet y el periódico *Le Monde diplomatique*. No creemos que en absoluto haya mejorado el panorama en los últimos años, si bien el pensamiento único emergente ha aprendido corrección política y disimula su lenta

²¹ Davidson y Yates (*op. cit.*, p. 384) añaden, además, que conciben «a los seres humanos como agentes pragmáticos, codiciosos y egocéntricos». Para situar el origen de esa antropología individualista del *homo oeconomicus* capitalista y posesivo actual véase C. B. Macpherson. *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*. Barcelona, Fontanella, 1979.

²² La mencionada tendencia es clave para que “bajo” la floreciente sociedad del conocimiento emerja una peligrosa sociedad de la ignorancia o de la incultura. Al respecto véase Gonçal Mayos y Antoni Brey (eds.), Joan Campàs, Daniel Innerarity, Ferran Ruiz Tarragó y Marina Subirats, *La sociedad de la ignorancia*. Barcelona, Península, 2011.

pero constante progresión. Como se dice ahora, ha aprendido a “indigenizarse” oportunamente o a manifestarse a través de marcas globales indigenizadas.

En la actual globalización capitalista, «el deseo de globalizar una marca, un mensaje o un servicio apelando a una necesidad o a un derecho universal solo puede realizarse de manera matizada. Las elites de la vanguardia de la globalización son conscientes de la torpeza histórica de las organizaciones estadounidenses u occidentales y se muestran deseosas de atenuar la imagen (real) de imperialismo blando que tiene su trabajo. De ahí que equilibren el llamamiento moral a los derechos y necesidades universales con cierta tendencia a indigenizar sus marcas, sus identidades organizativas y sus clientelas. Aquí es donde la vanguardia de la globalización emplea un *lenguaje arraigado en el multiculturalismo*, centrado en mostrar sensibilidad por las culturas locales».²³

Davidson y Yates (2002: 399s) citan una muy significativa afirmación de un ejecutivo de marketing mundial de Nike, el cual usa una conocida consigna altermundista para definir una regla que su empresa –dice– sigue: «para que cualquier organización transnacional triunfe, *debe ser* “de orientación global y de ejecución local”». Como vemos, la globalización “multicultural” y “políticamente correcta” obliga a adoptar una cierta parecida pátina cultural y una amable –pero banalizada– indigenización de los mensajes. Pero, ello solo es la superficie de una transformación mucho más radical y efectiva: la reducción de las culturas, civilizaciones y cosmovisiones tradicionales a una similar perspectiva vital, una semejante cultura de fondo, una profundamente idéntica cosmovisión, un pensamiento único, una única civilización que se identificaría totalmente con el capitalismo global.

Tras la amabilidad, benevolencia, tolerancia e incluso sincero respeto por los diversos pueblos y culturas de las actuales elites globalizadoras, en general superiores a las de otros tiempos, se esconde un similar aislamiento, distanciamiento e indiferencia. Quieran o no, ese mismo entorno o burbuja sociocultural en que viven las elites globalizadas, facilita y quizás garantiza que fácilmente queden relegadas las posibles reflexiones críticas sobre su efectivo impacto social.

Como constatan Davidson y Yates (2002: 399s): «Cuando se les acusa de ser portadores de un bagaje cultural no deseado por las culturas extranjeras, no hay ambivalencia que valga: todos los miembros de esta elite globalizadora se ponen *a la defensiva*. Los vocabularios del *lenguaje global* los reconcilian con sus dudas o con esa postura defensiva acerca del mundo que están creando. Todos ellos creen que responden de formas diferentes a necesidades universales fundadas sobre una concepción del individuo como actor social racional, competitivo y codicioso. Han logrado conocer cuáles son esas necesidades y determinar su validez mediante las herramientas de las ciencias sociales, pero

²³ Davidson y Yates, *op. cit.*, p. 385.

han adaptado su respuesta haciendo un esfuerzo por indigenizar la marca, el producto y el mensaje a los entornos locales. De primordial importancia en este proceso es la creencia en la existencia de una idea humanitaria más amplia sobre la que se sustenta su trabajo [...] aunque sean ellos mismos los creadores de esa necesidad. Así, siguiendo pautas de las que no son siempre conscientes, quieren creer que tanto ellos como su trabajo contribuyen a un bien moral. De este modo, la vanguardia de la globalización mantiene un sentido de inocencia moral respecto al mundo que están ayudando a crear. El cinismo es sencillamente inexistente. En su lugar, la candidez –a propósito de quiénes son y a qué están contribuyendo– es la sensación omnipresente».

Como vemos, no es que esas elites globalizadas y globalizadoras estén consciente y malévolamente promocionando un pensamiento único que amenaza la riqueza cultural y civilizatoria humana. Al contrario, muchas de ellas son ardientes defensoras de ideales humanistas, democráticos, multiculturalistas y interculturalistas, incluso algunas veces cercanos al altermundismo. Simplemente su misma forma de vivir y su absoluta dependencia de la globalización y el actual capitalismo postindustrial les impiden concebir o apostar firmemente por una alternativa radical. La misma dinámica globalizadora que ha engendrado esas elites las aparta imperceptiblemente y las confirma en esa dinámica y sus nuevos valores.

Tampoco es cierto que esas elites y la globalización que sirven sean esencialmente el *way of life* norteamericano o, incluso, occidental. Tiene razón y expresa muy bien el punto de vista exterior a la hegemonía occidental el periodista y escritor libanés Amin Maalouf al avisar de que: «Esta realidad [de la modernización y globalización] no la viven del mismo modo quienes han nacido en el seno de la civilización dominante y quienes han nacido fuera de ella. Los primeros pueden transformarse, avanzar en la vida, adaptarse, sin dejar de ser ellos mismos; se podría decir incluso que, en el caso de los occidentales, cuanto más se modernizan más en armonía se sienten con su cultura, y solo se quedan desfasados los que rechazan la modernidad. Para el resto del mundo, para todos los que han nacido en el seno de las culturas derrotadas, la capacidad de recibir el cambio y la modernidad se plantea en otros términos. Para los chinos, los africanos, los japoneses, los indios de Asia o de América, tanto para los griegos y los rusos como para los iraníes, los árabes, los judíos o los turcos, la modernización ha significado siempre abandonar una parte de sí mismos. Aun cuando en ocasiones ha provocado entusiasmo, el proceso no se ha desarrollado nunca sin una cierta amargura, sin un sentimiento de humillación y negación. Sin una dolorosa interrogación sobre los riesgos de la asimilación. Sin una profunda crisis de identidad».²⁴

²⁴ Maalouf, A., *Identidades asesinas*. Madrid, Alianza, 1999, p. 88.

Sin duda, la modernización tal como se ha configurado primero en Europa y luego en los Estados Unidos es uno de los componentes clave de los actuales globalización y capitalismo. Pero, incluso una cultura tan joven como la norteamericana, es muchísimo más compleja, rica y situada históricamente que la globalización imperante; como lo es su inglés. Aún más lo es respecto a la “vieja”, cansada pero enormemente rica Europa.

Por ello es un error y se hace un muy flaco favor al multiculturalismo o al altermundismo identificar excesivamente la “cultura” globalizada que viene o incluso sus elites con los Estados Unidos u Occidente. Tras el entusiasmo inicial, también estadounidenses y occidentales en general están llamados a sentir –creemos–, ahora mismo o muy pronto, parecidos sentimientos “de humillación y negación”, de “dolorosa interrogación sobre los riesgos” y “una profunda crisis de identidad” –usando los términos de Maalouf–. Por ello y quizás antes de lo que se prevé, los occidentales también pueden experimentar lo que el cubano filósofo de la liberación (afincado en Alemania) Raúl Fornet-Batancourt²⁵ llama «destrucción de alternativas científico-tecnológicas» y «empobrecimiento de la memoria cognitiva» humana.

8. Una realidad con la que hay que tratar

Hasta aquí la parte más negativa del diagnóstico sobre la actual globalización, la cual –por otra parte– parece que no aflojará a medio plazo. Ante la globalización seguramente somos como el *Angelus Novus* de Paul Klee²⁶: alguien que, aunque mire atrás o quiera volver, no puede porque le lleva la marcha de la historia. Por eso, parece que a medio plazo el destino mundial y la “cultura” hegemónica serán la globalización capitalista o capitalismo globalizado.

²⁵ Fornet-Batancourt, R., La pluralidad de conocimientos en el diálogo intercultural en *La tecnología desde la perspectiva intercultural*, Jesús Vicens y Àngels Canadell (eds.). Girona, Documenta Universitaria, 2006, p. 42.

²⁶ Benjamin, W., *Sobre el concepto de historia* lo comenta: «Hay un cuadro de Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso».

Ahora bien, también podemos coincidir esperanzadamente²⁷ con Peter Berger en que, por el momento, la tesis de una «homogeneización global ciega infravalora en buena medida la capacidad que tenemos los seres humanos de ser creativos e innovadores cuando nos vemos confrontados con desafíos culturales». ²⁸ Todavía hay muchas e importantes resistencias a las tendencias que impulsan hacia una integración o globalización cultural única, a un pensamiento único.

Además, en la actualidad la globalización avanza de manera y velocidad muy diversa según los ámbitos que se consideren. Así va mucho más rápida por lo que respecta al movimiento internacional de capitales, la globalización productiva y comercial, o a la transferencia tecnológica. En cambio, va muy lenta y retrasada con respecto a la efectiva convergencia política (sin que la Comunidad europea represente un contraejemplo), al movimiento libre de personas (las muchas restricciones a la migración, es un ejemplo claro) o a la plena globalización cultural. Hoy por hoy y avisando que no podemos ser tan optimistas a medio plazo, la diversidad y riqueza cultural de la humanidad parecen garantizadas pese a la pérdida constante de muchas lenguas y culturas que sufrimos.

Por otra parte, también es cierto que se ha instalado una excesiva beligerancia dentro del mundo cultural (o civilizatorio como prefiere Huntington). Ello nos parece una buena muestra de hasta qué grado —en las sociedades post-industriales y “del conocimiento”— la cultura, la información, la comunicación y el saber devienen fuerzas productivas de primer orden e, inevitablemente, en origen de nuevos conflictos y renovadas discriminaciones. Evidentemente no podemos tratarlo aquí, pero ello es clave para explicar que, en las últimas décadas, la indiferencia (si no la tolerancia o el respeto mutuo) ha dejado de ser norma en la relaciones entre culturas y civilizaciones.

Como apuntamos, los caminos y, quizás todavía más, las valoraciones e interpretaciones de la creciente globalización capitalista y cultural son muy distintos, profundamente encontrados e incluso violentamente divergentes. No solo es que muchas alternativas culturales continúan vigentes y con una fuerza muy considerable como testimonia Samuel Huntington en su choque de civili-

²⁷ Coincidimos plenamente con la percepción de James Davison y Joshua Yates en qué: «es esencial señalar que incluso las facciones más opuestas a los efectos del capitalismo global no están normalmente en contra de la globalización en sí. Sus propias redes globales son indicativas al respecto. Tal y como se establece en el preámbulo del World Economy Project, “nosotros, el pueblo, nos unimos en la construcción de un movimiento internacional para impedir que los intereses empresariales restrinjan los beneficios de la globalización a una minoría selecta”. Estos opositores desean una globalización más suave y amable, que sea económicamente más equitativa, auténticamente democrática y ecológicamente responsable».

²⁸ Berger & Huntington, *op. cit.*, p. 24.

zaciones o, de procedencia ideológica muy distinta, Ronald Inglehart con sus análisis de las Encuestas Mundiales de Valores (*World Values Survey*²⁹). Tanto uno como otro constatan que, por el momento y a pesar de numerosas pérdidas, la persistencia de una rica diversidad cultural impide hablar en términos de humanidad monolítica, inscrita en un único proceso impuesto a todos, dominada hegemoníicamente por una cultura básicamente unilateral o un pensamiento único...

Incluso Inglehart nota una ligera tendencia hacia el pluralismo y la tolerancia en las actitudes, los comportamientos y los valores. La considera decisiva en la evolución desde los valores de la supervivencia hacia los de la autoexpresión que, a su juicio, caracteriza un proceso vigente en la actualidad y de alcance mundial que en algún momento llama “postmodernización”³⁰. También Berger³¹ define como “el gran desafío” al *pluralismo cultural* que, descomponiendo tradiciones que se daban por sentadas, abre nuevas y múltiples opciones en materia de creencias, valores y estilos de vida.

Estamos pues, todavía, en una globalización cultural múltiple e incompleta. A pesar de algunas de las tendencias que hemos apuntado en este artículo y de los muchos argumentos que las afianzan, el pensamiento único y una globalización monolítica son tan solo una amenaza, un peligro constatable, pero no —todavía— una realidad plena y aplastante. Su imposición mundial es todavía incompleta y la realidad cultural de la humanidad plural y múltiple.

Ahora bien y como se ve, no se desvanecen en absoluto todas las nubes de tormenta, porque tiene razón Amin Maalouf cuando concluye: «En realidad, si afirmamos con tanta pasión nuestras diferencias es precisamente porque somos cada vez menos diferentes. Porque, a pesar de nuestros conflictos, de nuestros seculares enfrentamientos, cada día que pasa reduce un poco más nuestras diferencias y aumenta un poco más nuestras similitudes».³² Reaccionamos angustiadamente y, con seguridad, con excesiva virulencia a la sensación de pérdida, indigencia y desamparo. Valga este artículo como aportación para ayudar a situar la problemática en sus justos términos.

No nos engañemos, las crecientes similitudes y simplificación cultural de la humanidad no son sino las consecuencias de la imposición del capitalismo globalizado o de la globalización capitalista (tanto da el nombre). A pesar de su

²⁹ <http://www.worldvaluessurvey.org/>

³⁰ Véanse sus dos últimos libros: Inglehart, R., *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Centro de Investigaciones Sociológicas & Siglo XXI, Madrid, 2001., y Inglehart, R. & Welzel, Ch., *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas & Siglo XXI, 2006.

³¹ Véase la introducción y análisis global a Berger & Huntington. *op. cit.*

³² Maalouf, *op. cit.*, p. 125.

común origen en cierta Europa o América occidental, no tienen demasiado que ver con los ideales ilustrados y progresistas de “cosmopoliticismo”. Más que al ideal kantiano de la sociedad cosmopolita, republicana, en paz perpetua, etc.³³, el “cosmopoliticismo globalizado” que se está imponiendo y del que hemos apuntado algunos elementos, se asemeja más a la industriosa colmena de abejas de Bernard Mandeville, donde aparentemente los vicios privados hacían las públicas virtudes. O algunas veces, más bien ¡sucede lo contrario!

³³ Véanse, por ejemplo, Mayos, G., *La Ilustración*. Barcelona, EdiUoc, 2007 (edición capitaneada con *Los derechos humanos* de Vicente Mestre) y Mayos, G., *Ilustración y Romanticismo. Introducción a la polémica entre Kant y Herder*. Barcelona, Herder, 2004.